

Sobre-Codificación y Subjetividad:¹ Hacia una Desrepresentación Activa

Over-Codified Subjectivity: Towards an Active Dis-Representation

Maria Alejandra Tortorelli²

Resumo: O artigo busca dismantelar a hegemônica abordagem linguística da subjetividade. De Platão a Saussure, o pai da Linguística, o gesto é repetido: imagens, corpo e escrita são menosprezados em favor do Simbólico, a compreensão pelo Simbólico a ordem da língua, o estatuto da idéia e da força do conceito. A psicanálise contemporânea, principalmente a versão estruturalista desta, confirma o gesto, ao mesmo tempo, reforça-o. Seguindo às críticas de Derrida ao logocentrismo e a acusação de Deleuze contra a apropriação da Linguística, o autor sugere a abordagem da produção de subjetividade a partir de noções tais como "diferença", "entre", "meio", "corpus", "fingimento", todos os modos do não-representável.

Abstract: This article seeks to dismantle the hegemonic linguistic approach to subjectivity. From Plato to Saussure, the father of Linguistics, the gesture is repeated: images, body and writing are devaluated in favor of the Symbolic, understanding by Symbolic the order of language, the status of the idea and the power of the concept. Contemporary Psychoanalysis, mainly the structuralist version of it, confirms the gesture at the same time it reinforces it. Following Derrida's criticism to logocentrism and Deleuze's accusation against the appropriation of Linguistics, the author suggests to approach the production of subjectivity from notions such as "difference", "between", "middle", "corpus", "affectation", all forms of the unrepresentable.

Palavras-chave: Logocentrismo. Diferença. Fingimento. Representação. Não-Representável.

Keywords: Logocentrism. Différance. Affectation. Representation. Unrepresentable.

¹ Conferência apresentada na VIII Jornada Bianual do Contemporâneo: "A Fragilidade do Símbolo: aspectos sociais, subjetivos e clínicos". Porto Alegre, agosto de 2008.

² Filósofa, Doutora em Filosofia pela The School for Social Research – Nova York. Endereço para correspondência: alejandratororelli@yahoo.com.ar

Introducción

¿De qué vendremos a hablar aquí hoy? Y, ¿de qué no vendremos a hablar? El símbolo es lo suficientemente masivo como para que todos y cada uno de nosotros hablemos y, sin embargo, no hablemos de lo mismo. Fantástica invitación: “La fragilidad del símbolo”. Su mínima enunciación la deja lo suficientemente abierta, lo suficientemente ambigua. No se sabe si es una afirmación, un deseo, un diagnóstico, una interrogación. Lo cierto es que es lo suficientemente invocante para que todos mordamos el anzuelo y hablemos de “ello”. ¿Pero de qué?

Venimos a hablar y hablar es escuchar. La tradición del lenguaje golpea a nuestra puerta una vez más y nos interroga. El símbolo puede ser lo suficientemente ambiguo y sin embargo, parece inexorablemente remitirnos al lenguaje, al discurso, al campo de la palabra, las significaciones.

Es difícil venir a hablar del símbolo queriendo acorralarlo, queriendo ponerlo en su lugar —si es que tiene un lugar. En lo que sigue intentaré no tanto acuñar nuevos conceptos o aportar nuevos contenidos sino quizá trazar otras distribuciones, provocar ciertas dislocaciones, bordear al lenguaje.

Gilles Deleuze decía que el pensamiento antes de tener una historia tiene una geografía, que traza orientaciones antes de construir sistemas. También decía y no sin humor, que el bicho filosófico por excelencia es el bicho rastrero. Quisiera, en lo que sigue hacerle una geografía al símbolo, embarrar a las palabras, obligarlas a hacer surcos, huellas; a ensuciarse, a que les pese el cuerpo.

La fragilidad del símbolo. ¿Un mal de época? ¿Un diagnóstico? Fragilidad del símbolo, ¿por deficiencia o, acaso, por exceso? ¿Puede el exceso generar deficiencia, fragilidad? Recuerdo un texto de Roland Barthes sobre la sexualidad. Decía: “En Japón, la sexualidad están en el sexo y en ningún otro lugar. En Estados Unidos es lo contrario, está en todas partes excepto en el sexo.”

Una analogía es posible y no es forzada. Hoy el lenguaje está en todas partes excepto en el decir. Se habla mucho para decir nada y todo es lenguaje: lenguaje pictórico, lenguaje cinematográfico, lenguaje del cuerpo, Verbo Divino, voz del alma, voz de la

conciencia y también, por qué no?, voz del inconsciente, o letra quizá. La idealidad de la idea —valga la redundancia— en detrimento de la imagen, la idealidad del concepto en detrimento de la escritura, la grafía, la huella; el hálito del alma en detrimento del cuerpo — todas estas idealidades sin corporeidad— son algunos de los viejos dualismos aéreos acuñados por Platón que, aún hoy, organizan nuestras distribuciones y nuestras respectivas valoraciones. Desde entonces, el logos, la palabra, la idealidad de la voz y del concepto y hasta la misma interioridad del sujeto que se oye a si mismo hablar son las expresiones más acabadas y evidentes de lo que Occidente tiene por Ser: un Ser que es del lenguaje, la idea, la voz, la esencia. A esto se lo llamó y se llama logocentrismo, fonocentrismo y, también, europeocentrismo y etnocentrismo. Del logocentrismo a la fragilidad del símbolo hay un sólo paso. Cuando todo es símbolo, ya nado lo es. Cuando todo pasa al través de la palabra, la palabra misma se devalúa. Su agotamiento es por exceso y no por deficiencia. De tanto estar en todas partes termina por no estar ni siquiera en su lugar, si es que acaso tiene uno.

La pregnancia de esta larga tradición logocéntrica —tan larga como Occidente mismo— halla en el Psicoanálisis no sólo su confirmación sino, quizá, su más alto grado de expansión. Acaso, ¿será por ello que el Psicoanálisis no se originó en Oriente? “La escritura china —decía Leibniz— parece haber sido inventada por un sordo”. Si en Occidente la voz, la phoné, conduce a la abstracción, a la unidad del concepto y a la interioridad del sujeto; en Oriente, el pictoideograma señala hacia el movimiento, la acción y la exterioridad del mundo:

Un auténtico sustantivo, una cosa aislada, no existe en la naturaleza. Las cosas son sólo los puntos terminales o, mejor, los puntos de encuentro de acciones, cortes transversales de acciones, instantáneas. El ojo ve sustantivo y verbo como una sola cosa: cosas en movimiento, movimiento de cosas y eso es lo que tiende a representar la concepción china. (FENOLLOSA; POUND, 1977, p. 35)

Lejos está el concepto de esta ondulación. Y lejos está el pictograma de semejante abstracción. No es lo mismo **decir** “primavera” que **mostrar** —según lo dibuja un pictoideograma— un “sol que subyace al brotar de las plantas.” Lo dicho no se ve, lo que se ve no es dicho. Y aunque persistiéramos en llamar a ambos —al concepto y al pictograma—símbolos, sus operaciones son bien distintas y sus efectos también.

Por estas tierras, la palabra “símbolo” y el símbolo como palabra disparan toda una serie de resonancias que configuran un mundo de lenguas y lenguajes, de significantes y de significancias, de significaciones y, también, por qué no, de linguisterías. No se ve allí contorno alguno que haga imagen, cuerpo, acción, movimiento, geo-grafía: escritura del suelo. No se ve, se escucha.

Este tradicional logocentrismo como privilegio del lenguaje halla en la preeminencia de lo simbólico del Psicoanálisis contemporáneo, sobre todo en su vertiente lacaniana, la evidencia de su consumación. Sólo se trata de advenir al lenguaje, de acceder a lo Simbólico. Tal es la fórmula y tal es su repetición.

La distribución lacaniana de lo Simbólico, lo Real, lo Imaginario, le asigna a lo Simbólico la no inocente tarea de asumir el corte. Lo Simbólico viene así a inscribir y a inscribirse como diferencia en una argamaza peligrosa supuestamente originaria. Allí donde madre-hijo amenazan con no discriminarse, lo Simbólico hace corte y es Ley. “El padre es el representante de la Ley y como tal el portador de los discursos sociales legitimados. El padre es el encargado de romper las simbiosis entre madre e hijo y el que repara esa “pérdida” con la puesta a disposición de objetos sustitutos (símbolos, ideas, instituciones) que facilitarán la exogamia.”

Lo indiferenciado en el origen prepara el terreno para lo que habrá de venir. Pre-dispone. Pone de antemano. En el origen, lo amorfo, lo simbiótico llaman a lo que habrá de venir. Lo que habrá de venir, predispuesto de ese modo, sólo puede traer la eficacia de un corte, de una discriminación, de una diferencia. Al decir del psicoanalista Ricardo Rodolfo:

Las madres absorbentes e inmovilizantes son una variable dependiente del sistema falogocentrico del (lugar del) padre que les asigna esa función y sitio [...] El padre de la 'castración simbólica' *necesita* de la madre como lugar del cero y de la reabsorción. No puede prescindir de ella. (RUDOLFO, 2004, p. 231).

Aquí, los dados ya están echados y los lugares asignados. Del lado de la madre: lo Imaginario: cuerpo, argamaza, indiscriminación, naturaleza. Del lado del padre: lo Simbólico: palabra, diferencia, ley, cultura. Ah!!! Platón Platón

Símbolo y Psicoanálisis

Sigamos la huella de esta diferencia “entre” palabra e imagen, “entre” voz y escritura, “entre” psique y cuerpo y veamos cómo se renueva el gesto platónico —su ascensión de la imagen a la idea, su prohibición de la escritura— casi dos mil años después.

En Saussure, padre de la lingüística, la noción de signo es estrictamente lingüística, valga la redundancia: es imagen acústica (ste) y concepto (sdo), es voz y pensamiento.

En la semiología de Pierce, por el contrario, la noción de signo no es lingüística, es mucha más amplia y abarca desde el índice hasta el símbolo pasando por el icono. Una foto, una huella, por ejemplo, son índices. Los índices son por contigüedad, por impresión y son considerados como parte de la cosa. Un cuadro, un dibujo, un retrato, son considerados iconos y son producidos por analogía. Son parecidos a la cosa pero no forman parte de ella. Tanto el índice como el icono remiten a materialidades, por decirlo de algún modo: cosas, imágenes. En ellos, la relación entre el signo y la cosa no es arbitraria. Dentro de esta clasificación general del signo, sólo la palabra es considerada un símbolo. Allí la relación con la cosa es absolutamente arbitraria, no hay una relación ni de contigüedad ni de analogía, y su “materialidad” es pura idealidad: la idea, el concepto y la voz. Tanto en el índice como en el icono, la cosa prima por sobre la idea. En el símbolo en cambio, la idea y la voz priman sobre la cosa. En este sentido, una foto, por ejemplo, o una marca en el cuerpo pertenece al orden de lo real y no de lo simbólico en sentido estricto.

El problema está en querer traspasar todo al orden de lo simbólico, como si lo simbólico nos eximiera de tramitar otras diferencias, otras materialidades, otras huellas. Ahora se comprenderá por qué el padre de la lingüística siguiendo la tradición platónica, haya expulsado de su sistema tanto a la escritura como a los sistemas pictoideográficos —el chino, por ejemplo— para poder fundar una noción de signo estrictamente lingüística dejando así intactos y reforzados el privilegio de la voz (ste) y del concepto (sdo). También se comprenderá ahora por qué el Psicoanálisis se ha casado no con Pierce sino con Saussure, no con una semiología general sino con una lingüística reducida. La palabra a salvo.

El logocentrismo y su destilación contemporánea han hecho virar todo hacia el orden del lenguaje. El Psicoanálisis no ha hecho más que consumir este viraje.

Como señala Rodolfo, a partir del primer Seminario de Lacan donde Lacan

caracteriza la relación analítica como una “relación de palabra”, toda una mudanza tiene lugar allí. “Una mudanza —dice Rodolfo— del entero psicoanálisis al campo del lenguaje, a su orden (...) Lo Simbólico —y su mayúscula— será primero que nada un indicador de esta mudanza cuya magnitud tenemos que intentar medir (...). Se trata de mudar todo lo de una disciplina que no habitaba el campo del lenguaje —aunque arrendara algunas parcelas, aunque también pasara por allí, aunque usara algunos de sus campos y facilitaciones— mudarla toda ella al dominio del lenguaje.”³ Que ello hable y que por ello el inconsciente sea expresivo y se ofrezca a la interpretación es la marca de esta hegemonía. “La instancia de la letra en el inconsciente” —continúa Rodolfo— será más bien la instancia misma del inconsciente, la nueva “morada” (Heidegger) que se le asigna.” (...) El “campo de la palabra” se asimila **al** campo y no a **un** campo del psicoanálisis.” (RUDOLFO, 2004, p. 231).

La fragilidad del símbolo es buena ocasión para actualizar algunos interrogantes formulados por Deleuze y Guattari alla por 1972, cuando el AntiEdipo salía a la luz: ¿Por qué asumir que el inconsciente es expresivo y que lo es en su totalidad? ¿Por qué motivo el inconsciente dejaría de ser una fábrica deseante para devenir un teatro de representación?

El gran descubrimiento del Psicoanálisis —escriben los autores— fue el de la producción deseante, de las producciones del inconsciente. Sin embargo, con Edipo, este descubrimiento fue encubierto rápidamente por un nuevo idealismo: el inconsciente como fábrica fue sustituido por un teatro antiguo; las unidades de producción del inconsciente fueron sustituidas por la representación; el inconsciente productivo fue sustituido por un inconsciente que tan sólo podía expresarse (el mito, la tragedia, el sueño [...]). (DELEUZE; FELIX, 1974, p. 31)

Y luego aún, “¿cómo es posible que la deriva de lo inconsciente se oriente todo ello hacia el rasgo unitario del Ste?” Desgraciadamente no tenemos tiempo para seguir aquí el flujo de esta producción —producción deseante y no significante. De todos modos, bien vale la actualización de esas interrogaciones y los efectos que desde allí puedan alcanzarnos hoy.

Pero ahondemos aún un poco más en este maridaje entre Psicoanálisis y Lingüística. El mismo parece una simple boda entre disciplinas. Y, sin embargo, su juntura no sólo compete al desarrollo de ciertos saberes sino, fundamentalmente, a la producción de lo que

³ Inclusive y tal como ya lo hemos señalado, “no se trata en rigor del lenguaje sino de una determinada teoría aplicada en él firmada por Saussure y Jakobson.”, cf. Ricardo Rodolfo, “Transposición e Inversión”

somos. Significancia y subjetividad son también este viejo maridaje...

Hacer hablar, hablar, interpretar, significar, hacer hablar, interpretar, significar. Hacer hablar, hacer, hablar . Estamos henchidos de palabras. Ello habla allí hace del inconsciente una máquina parlante y del sujeto un sujeto de la voz y la significancia.

Símbolo y Subjetividad

Lo Simbólico, lo hemos visto, remite a una dimensión del lenguaje. Lo Simbólico remite al verbalismo y a la significancia. A un hablar y a un escucharse hablar, a un interpretar y a un significar. En ello se juega, sin embargo, mucho más que una cuestión lingüística. En ello se juega una concepción del sujeto y una producción de subjetividad incesantemente parlante. “En el privilegio de la palabra entendida como unidad del concepto y de la voz o, en términos saussureanos, unidad del significado y el significante, habla a su vez y de manera radical la propia concepción de sujeto que Occidente ha concebido para sí. La constitución del sujeto está tramada en esta idealidad de este “oirse-hablar”. El sujeto —sujeto de la conciencia, sujeto del inconsciente— es una voz que se habla a si misma. El sujeto y su misma interioridad están fundados en este postulado de un pensamiento-voz, presente a si mismos, sin ninguna exterioridad capaz de perturbarlo.”⁴ Toda exterioridad, todo Afuera —con mayúsculas— es rápidamente replegado hacia la interioridad del sujeto como lo ajeno en su propia casa. La idealidad del pensamiento y la voz, del significado y el significante, instituyen una concepción de subjetividad prácticamente incorpórea, inmaterial replegada hacia la interioridad e individualidad del sí mismo. No hay, desde esta concepción, ni un cuerpo ni un otro ni un Afuera, un “ahí” originarios. Cualquier afuera —sea un cuerpo, un otro o un ahí— es secundario y, ciertamente, perturbador. Idealidad, interioridad e identidad del sí mismo van juntas. Y aún si de Otro se tratara, así con mayúscula, el mismo no haría más que reconducirnos al lenguaje!!!!

La especificidad que marca a este sujeto concebido desde el logocentrismo, la especificidad que lo hace humano, es justamente y redundantemente, el lenguaje, el ser

⁴ Acera de la diferencia entre sistemas fonéticos y sistemas pictoideogramáticos y su implicancia en la concepción de la subjetividad, cf. María Alejandra Tortorelli, “Logos/Traza”, Conferencia dictada en la Asociación Argentina de Psicoanálisis (APA), 10 de Julio 2001

parlante. La propiedad de lo humano, se nos dice, radica en el lenguaje. Tal afirmación, tal acento puesto allí asume esta propiedad como si la misma bastara por sí, como si el hecho de ser-parlantes pudiese borrar, con y en el lenguaje, toda la ambigüedad que “ser”-“humanos” supone. Dicho de otro modo, la evidencia de lo simbólico no nos libra, por así decirlo, de lo a-simbólico así como la evidencia de ser humanos no nos libra de lo inhumano. He aquí la diferencia.

La diferencia, el trazado, la línea que demarca y define lo simbólico de lo a- simbólico, lo humano de lo in-humano, no es ella misma ni humana ni inhumana, ni simbólica ni a-simbólica pero nos constituye (y destituye) en esa demarcación. Ser-humanos tanto como ser-parlantes es la marca de una diferencia y no una propiedad. La diferencia que nos traza nos constituye y perturba a la vez, nos bordea y nos desborda. Ser-humanos y ser-parlantes, arrastra consigo la huella, la marca, la diferencia de aquello que nos excede. No somos lo dicho, ni somos en lo dicho. Somos en el borde de lo dicho (y no sólo, puesto que hay otros bordes). Tampoco somos, estrictamente, humanos. Somos en el borde de lo humano, allí donde lo humano se bordea y es bordeado por la naturaleza, la técnica, lo divino, lo animal, la locura, la muerte. No es inocente ni conveniente borrar estos bordes. Su borradura trae violencia.

Toda esta máquina de subjetivación y significancia, aparentemente inocente por propia, es una máquina de poder: “Dime qué eres y te diré quién eres”. Deleuze la llama máquina de rostridad. Tan naturalizada está esta máquina de rostridad que su operación de captura deviene imperceptible. Estamos altamente rostrificados. Se es judío, negro, blanco, musulmán; se es mujer, hombre, gay, travesti, etc. No hay afuera ni alteridad para la rostridad. No hay polivocidad, heterogeneidad ni clandestinidad posibles para esta máquina. La rostridad ordena normalidades, pero también ordena sus desviaciones. La locura también tiene un rostro. La rostridad opera como una grilla selectiva que deja pasar o no deja pasar. La existencia deja de ser una singularidad a-significante para convertirse en indentificación, individuación y cifrado. Dice Deleuze:

Ciertos agenciamientos de poder tienen necesidad de producir rostro. Otros no. Si consideramos las sociedades primitivas vemos que en ellas pocas cosas pasan por el rostro: su semiótica es no significativa, no subjetiva, esencialmente colectiva, polívoca y corporal, utilizando formas y sustancias de expresión muy diversas. La polivocidad pasa por los

cuerpos, sus volúmenes, sus cavidades [...] Las pinturas, los tatuajes, las marcas en la piel se adaptan a la multidimensionalidad de los cuerpos. (DELEUZE; FELIX, 1988, p.181)

Nuestro rostro, en cambio, —incluido el cuerpo, claro está— está sobrecodificado. ¿Será acaso la práctica contemporánea del tatuaje un intento de deshacer la rostridad?

Psicoanálisis y Lingüística. Subjetividad y significancia. ¿Resta aún algo por decir, algo por nombrar? Finalmente, la vida, último bastión

Símbolo y Vida

¿Cómo pensar esta última relación, ya no la del psicoanálisis y el sujeto con el lenguaje sino la del lenguaje y la vida sin más, entendiendo por vida sin más no la vida humana sino la vida. ¿Cómo se inscriben, una en la otra? El lenguaje se dice en la vida. Pero, ¿se dice la vida en el lenguaje?

Para el estructuralismo la vida es un campo indiferenciado e inerte que se diferencia o se estructura [...] cuando alguien se pone a hablar en general —como si la vida fuera una materia inerte a la que hay que darle forma o sentido. Así, el supuesto anti-humanismo estructuralista —la vieja cuestión de la muerte del sujeto— deja todavía en pie lo humano bajo la forma de un sistema de significación o una estructura que introduce la diferencia en la masa amorfa, indiferenciada, pre-lingüística, de un real inalcanzable o perdido. La diferencia, la posibilidad de representar o de hablar de las cosas, se funda todavía en una forma de subjetividad: el sujeto que habla, el sujeto de la cultura en general. ¿Qué importa que el objeto ya no lo ponga una conciencia sino la estructura del lenguaje? En cualquier caso, no salimos del universo de la representación organizado por la relación sujeto-objeto: por un lado, un sujeto de la representación; por el otro, una materia muda e inerte. La diferencia estructuralista trabaja negativamente en relación a un real indiferenciado e inalcanzable, afuera del lenguaje o de la razón. (GIORGIO; RODRIGUEZ, 2007, p.16-17).

Prestemos atención. Muchas cosas se deciden aquí. Según esta tradición estructuralista, la vida indiferenciada espera ser nombrada. Una vez más las aguas se dividen. La vida indiferenciada, por un lado; lo simbólico como diferencia, por el otro. Sin

embargo, algo se desliza aquí. No habría que confundir logocéntricamente lo indefinido —es decir, lo que no admite definición alguna— con lo indiferenciado —lo que es sin diferencia, lo amorfo. Lo indefinido es indiferenciado sólo si las diferencias son estrictamente “del” lenguaje o simbólicas, como quiere el estructuralismo. Entonces, sí, la vida es indiferenciada por indefinida. Pero, si las diferencias no son simbólicas o, al menos, no sólo, entonces la vida es indefinida mas no por ello es indiferenciada. Hay diferencias —gradientes, intensidades, multiplicidades heterogéneas, mezclas, pasiones, acciones, “entres”, “y”— que siendo indefinibles no, por ello, son indiferenciadas.

¿Qué ocurriría si la diferencia no estuviera localizada en lo humano; si además de diferencias lingüísticas hubiera múltiples series de diferencias imperceptibles trabajando en lo real, más pequeñas que las diferencias que ponen los sentidos, la conciencia o el lenguaje? ¿Y si no hubiera ninguna instancia —sujeto hablante, cultura en general— diferenciando la vida desde afuera, por que la vida es ya diferencia, movimiento, devenir, potencia virtual, poder de cambio? (GIORGIO; RODRIGUEZ, 2007, p.16-17).

Esto recuerda al pictograma. En él, el dibujo da a ver el movimiento de la cosa. El concepto, por su parte, no muestra la cosa, ni da a ver movimiento alguno. Dice la idea.

Pero hay más aún. Si lo indefinido no es lo indiferenciado, tampoco es lo Imposible. Otra vez, hay una versión reducida y metafísica de la existencia en todo ese planteo de lo Real imposible como contracara del acceso a lo Simbólico que nos coloca en la inmediatez de lo que por siempre falta: “carencia en ser”. ¿Por qué lo Real es imposible? ¿Respecto de qué posible se traza este imposible? ¿Por qué lo que no tiene acceso a lo Simbólico queda del lado de un Real que por no simbólico se declara imposible o de un Imaginario que por no simbólico resulta amenazante por indiferenciado? Tal es ciertamente la hegemonía y por ende el exceso que lo Simbólico imprime una y otra vez. Una pobre ontología —de lo Simbólico y de lo Indiferenciado, de lo Indiferenciado y de lo Imposible— juega el juego de lo que “es” y lo que “no es”. Y, sin embargo, “entre” lo que “es” y lo que “no es”, “[...] todo un hormiguelo de diferencias, un pluralismo de diferencias libres, salvajes o no domesticadas, un espacio y un tiempo propiamente diferenciales, originales persisten por encima de las simplificaciones del límite o la oposición.” (DELEUZE, 1988, p.110) Esta

diferencia ya no remite a lo simbólico como a su condición. Es una diferencia sin conceptos, una diferencia sin más que resiste a la especificación conceptual. Se trata de una diferencia positiva y productiva que no le sobreviene a la vida desde afuera en tanto inscripción de lo simbólico. Es una diferencia positiva y productiva que está en la vida, que es la vida. “Todo lo que ocurre y aparece es correlativo de órdenes diferenciales: diferencias de nivel, de temperatura, de presión, de tensión, de potencia, *diferencia de intensidad*.” (DELEUZE, 1988, p.357). Expresión que por cierto es tautológica. No hay intensidad sin diferencia.

La vida como indiferenciada no sólo nos coloca en falta sino que, queriendo nombrar lo imposible, llama a la sobreabundancia de lo simbólico. Así, mientras que para unos lo simbólico se inscribe en la vida a pérdida —“[...] para el estructuralismo la vida se nos escapa desde el momento en que comenzamos a hablar. (...) Cuando hablamos perdemos la plenitud de una presencia inmediata.” GIORGIO; RODRIGUEZ, 2007, p.16-17) ; para otros, la vida es diferencia sin más y el lenguaje es una entre otras tantas diferencias. Así, mientras para unos, la falta es originaria; para otros, la diferencia lo es y nada falta. Así, mientras para unos, la posibilidad de lo humano se asume en la “carencia en ser”: la cosa está originariamente perdida; para otros, la vida que nos constituye, nos excede a su vez. Somos en esa diferencia y en esa diferencia somos humanos e inhumanos, significantes y a-significantes, mas no carentes.

La vida y el lenguaje, la vida y lo simbólico son,, si se quiere, como el anverso y el reverso de un tapiz. De un lado, lo figurativo, lo significante; del otro, la trama que lo teje. Trama que siendo huella, diferencia —trazado de múltiples líneas heterogéneas— es y, sin embargo, no significa, no es del orden de lo simbólico.

Habrá que batir el cubilete, echar los dados otra vez y abrir el juego.

Habrá que desmitificar este origen indiferenciado: vida, madre, cuerpo. Nada es para siempre. Tampoco los orígenes. Habrá que echar la jugada. Lo que la jugada trae es juego. “El juego inocente del devenir”, decía Nietzsche. El juego en el origen —el origen como juego—no admite punto de partida. El juego en el origen abre el juego.

El juego como aleatoriedad del comienzo, como ir y venir, como de-venir, hace de la diferencia el origen. La diferencia en el origen —tal es la paradoja— no admite origen originario. La diferencia en el origen o el origen como diferencia, abre, hace espaciamiento,

mas no asigna un lugar, ni una función.

Ningún magma indiferenciado esperando ser cortado. Ningún Imaginario esperando ser nombrado. La diferencia no le sobreviene a un origen indiferenciado. El origen es diferencia, traza, escritura si se quiere. Dicho sea de paso, simbiosis, si acaso la hubiera, no es ya sin diferencia.

Remontarse hacia el origen,

[...] seguir el hilo complejo de la procedencia —como escribe Foucault siguiendo a Nietzsche— es conservar lo que ha sucedido en su propia dispersión: localizar los accidentes, las mínimas desviaciones, los errores, las faltas de apreciación, los malos cálculos que han dado nacimiento a lo que existe y es válido para nosotros; es descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no hay ni el ser ni la verdad, sino la exterioridad del accidente. (FOUCAULT, 1997, p. 27-28)

“Ningún origen es originario. Siempre me gustó la figura de la “exterioridad del accidente”. Es una figura sin figura, sin contorno. Y es sin pre-visión. No es jugar a “algo”. “Es el juego del mundo” (DERRIDA, 1984, p. 65)

Winnicott que bien sabía jugar supo de lo “transicional”, sea espacio, fenómeno u objeto. Ese ir y venir, ese pasaje, ese ni... ni... nos deja, en el origen, sin origen originario, sin principio de autoridad, sin autoridad del principio, sin soberanía despótica del origen.

Habrá que echar los dados y comenzar de nuevo.....

“Las cosas —decía Deleuze— sólo comienzan a vivir por el medio.” (PILLES; CLAIRE, 1977, p. 65) Habrá que empezar por el “medio”, por el “entre”, por la diferencia, por la “y”, aún cuando nuestra razón se disloque.

De la Significancia a la Afectación

Presiento, y no es una verdad, que estamos asistiendo al “retorno de lo reprimido”, a lo “forcluído” por el Psicoanálisis mismo, a lo inconsciente del inconsciente. La fragilidad de lo simbólico puede no ser una mala nueva. Quizá sea tiempo —y no es nuestra la decisión—de desmitificar a la palabra, de bordear a lo simbólico. Mas desmitificarla no

es negarla, es ponerla a trabajar en su diferencia. Es ponerla a trabajar en la diferencia con otras diferencias; es retirarla de su hegemonía mostrando las trazas que la trazan.

Hay que abordar a la palabra o a lo simbólico desde el borde, hay que bordearla, hay que abrirla a lo otro de sí para que deje entre-ver lo que la constituye y la destituye a la vez. Quisiera insistir en esto: tanto lo simbólico como lo humano no son identidades; es decir, cosas en sí mismas que pudieran arrogarse el derecho de una propiedad. Tampoco son campos u órdenes —el “orden” del lenguaje—. Tanto lo simbólico como lo que nos constituye en tanto humanos es apenas el efecto de un trazado, un juego de diferencias. ¿Qué es lo propio del hombre?, pregunta Derrida en *De la Gramatología*: “Por una parte — contesta—es aquello que habrá que pensar antes del hombre y fuera de él. [...] Por lo cual eso propio del hombre no es lo propio del hombre; es la dislocación misma de lo propio en general.” (DERRIDA, 1984, p. 307) Habrá que poner a trabajar estas dislocaciones, esas diferencias. Habrá que hender lo simbólico, abrirlo a ese espaciamiento que lo diferencia de otras diferencias. El cuerpo, por ejemplo; la escritura, por ejemplo; la vida, por ejemplo; lo inhumano, por ejemplo.

“Entre” la palabra y la imagen, “entre” la voz y la escritura, “entre” la psique y el cuerpo, “entre” la significación y lo a-significante y tantos otros “entres” se abre un espacio. Ese espacio no está dado, se produce “entre” y, en ese sentido, es más espaciamiento que espacio.

* Experimentemos entonces....

Estamos aquí. Cada uno de nosotros “es”, “tiene” un nombre propio y tiene una identificación. Podemos ser identificados, uno por uno. Somos identidades identificables. Hemos hablado mucho y hablaremos más. Nuestras letras están escritas y están dichas. Podemos guardar registro de ello. Así concebido, este espacio, este estar aquí es un espacio de individuos, de palabras, de cosas, etc. etc. Toda una realidad tangible. Y, sin embargo, en rigor, nada sucede allí. No es allí donde sucede. Suspendamos por un instante las individualidades. Dejemos de reconocer elementos, seres individuales e individualizables y desplazémonos hacia el “entre”. Entre los cuerpos, entre los individuos, entre las palabras, entre las palabras y los cuerpos, entre las cosas y los individuos, “entre” tiene lugar. Tiene

lugar y, sin embargo, nada **habla** en su favor. Ningún elemento aislable se definirá allí. No hay “algo” allí. Y, sin embargo, ocurre. ¿Dónde? “Ahi”, “entre”. Lo que ocurre, ocurre “ahí”, “entre”.

“Entre”, “borde”, “espaciamento”, este mundo del “entre” es un mundo de afectaciones, no de significaciones. Efectos de superficie, decían los estoicos. Este mundo del “entre” es un mundo vincular pero, originariamente vincular, originariamente “entre”. Un vínculo, no está demás decirlo, no es una relación entre individuos, es una producción entre y es originaria. Tal es lo que disloca nuestra lógica, nuestra razón.

En este mundo, ya no se trata de hacer cosas con palabras ni de hacer palabras con más palabras sino de producir efectos “entre” cosas y palabras, “entre” imágenes y cosas, “entre”. Este mundo es originariamente de mezclas sin que haya previamente elementos aislables que mezclar. En un mundo “entre”, el símbolo o la palabra ya no valen ni existen por si mismos; ni siquiera por su relación con otros símbolos u otras palabras, sino que valen y existen por las afecciones, las mezclas, los compuestos —por siempre heterogéneos— en los que se entran. No existe una letra no partible allí. Una palabra como elemento aislado, si acaso fuera posible, más que significarnos —eterna producción de rostridad: sos hombre o sos mujer, sos negro o sos blanco, sos judío o musulmán, etc. etc. etc.— entra en composición o descomposición, afecta, toca o no, hacen cuerpo o no, y viceversa. Un cuerpo hace palabra: un “te quiero” o apenas “hummmm”. Cuerpo “y” palabra se producen en esa afectación en una mezcla originaria, uno como borde del otro. El cuerpo, en tanto tacto ahí, según escribe Nancy (¡y cómo escribe!!) “es el borde del sentido, es el limite de toda significación y el borde mismo, el arranque del espaciamento.” (NANCY, 2003, p.31)¿Llamaríamos a eso también símbolo?

Que todo comience por la mezcla, el “entre”, la “y”, el medio, la diferencia ... quizá sea ésta la mayor dislocación. Un mundo de afecciones, de afectaciones no es un mundo de individuos o de elementos aislados puestos en relación. Es un mundo que disloca toda idea de identidad, de individualidad, de identidad, de elementos aislados, de unidades. “Entre” nunca hace uno. Ni hace tampoco uno + uno. **Desde** el “entre” la idea de uno es imposible. No hay afectación que sea de uno sólo. Si hay afectación hay diferencia. Uno no es idéntico a si mismo. Uno difiere de sí mismo, todo el tiempo, afortunadamente. Uno no es uno. La afectación —afectar y ser afectado a la vez, permaneciendo indecible el quién— es

“entre”. No somos sujetos, menos aún sujetos de y por el habla, somos acontecimientos. “Uno” no “es”; ocurre. Pero justamente porque ocurre no “es” ni es “uno”. No “somos”, si por “ser” se entiende una individualidad identificable “ese soy yo”, “soy negro”, “soy blanco”, “soy hombre”, soy mujer”, “soy travesti”. Ocurrimos. Y ocurrir siempre ocurre “entre”, en medio. Más efecto que causa. Más afecto que significación.

Este mundo de afecciones es un mundo diferencial, no conceptual. Es experimental, no interpretativo. Es un mundo de intensidades, no de significaciones. Es un mundo del ir y venir “entre”, del diferir. Ahi, la existencia comienza “ahi”. “Ahi”, “entre”, “ahi”. Este “ahi” del “ser-ahi”, del Da-sein heideggeriano, ese “ahi” como diferencia, como “lugar de existencia” —“cuerpo” lo llama Nancy— no refiere ya a posiciones, ni a lugares asignados, ni a funciones si quiera, sino más bien, a pre-posiciones: “entre”, “con”, “y”.

Es desde este “entre”, desde este espaciamento, que habrá que llamar a una desrepresentación activa, a un devenir clandestino (Deleuze), a una hospitalidad absoluta (Derrida). Tantos nombres para decir lo que “ahi” no se deja apropiar, representar, rostrificar, significar. Tantos nombres para nombrar ahi aquello que, nombrándose, resiste a la significación y al nombre propio. Si el rostro es una política, deshacer el rostro también lo es.

Esta desrepresentación activa llama a un “ven”.

Para que haya acontecimiento e historia es preciso por lo tanto que un ven se abra y se dirija a alguien, a algún otro que no puedo ni debo determinar de antemano, ni como sujeto, yo, conciencia, ni como animal, dios o persona, hombre o mujer, vivo o no vivo. (...) Aquel, aquella, quienquiera sea a quien se dice “ven” no debe dejar determinarse de antemano. Para esta hospitalidad absoluta es lo recién venido.” (DERRIDA, 1998, p. 25)

Lo “recién venido”, lo “Arribante”, bellisimas figuras para aquello que, en lo que llega, no se deja identificar!!!! Un niño pero, también, la madre, el padre; un amor, pero, sobre todo, uno mismo!!!!

REFERENCIAS

DELEUZE, G; FELIX, G. **El AntiEdipo capitalismo y Esquizofrenia**. Buenos Aires: Corregidor, 1974.

DELEUZE, G; FELIX, G. **Mil Mesetas**. Valencia: Pre-Textos, 1988.

DELEUZE, Gilles. **Diferencia y Repetición**. Madrid: Jucar, 1988.

DERRIDA, Jacques. **De la Gramatología**. 3. ed. México: Siglo XXI, 1984.

DERRIDA, Jacques. **Ecografías de la Televisión**. Buenos Aires: Educa, 1998.

FENOLLOSA, E.; POUND, E. **El carater de la escritura china como medio poético**. Madri: Visor, 1977.

FOUCAULT, MICHEL. **Nietsche: la genealogía, la historia**. Valencia: Pre-Textos, 1997.

GIORGI, Gabriel; RODRÍGUEZ, Fermín (comp.) **Ensayos Sobre Biopolítia**. Buenos Aires: Paidós, 2007.

NANCY, Jean Luc. **Corpus**. Madrid: Arena Libros, 2003.

PILLES, Deleuze; CLAIRE, Parnet. **Diálogos**. Valência: Pré-trextos, 1977.

RUDOLFO, R. **Psicoanálisis de Nuevo**. Buenos Aires: Educa, 2004.